[Relato Corto] Amor y Odio

Manuel C.S.

AMOR Y ODIO

MANU C.S.

Capítulo 1

—¿Qué es lo que amas tú?

Su voz sonaba, al principio, suave.

Bien podría haber levantado la vista para mirar los labios que se movían en surcos pequeños, preguntando.

No lo hizo.

Podría, también, haber respondido, pero tampoco quiso.

Luchaba todos los días. Mataba y veía morir a aliados.

¿No estaba claro que era lo que amaba?

Algunas preguntas, si no se responden solas, es que no merecen respuesta.

* * *

Hanran corrió entre las ruinas. El fusil le golpeaba la pernera con cada zancada. Casi podía olerles; no tardarían en alcanzarle.

Pero Hanran conocía mejor las ruinas. Su carrera por el páramo de edificios abandonados no era fruto del azar, y sabía donde tenía que ejercer cada giro si quería despistarlos.

Se alejó de las grandes avenidas, donde pudieran verlo mejor. Buscaba las callejas más estrechas, entre las distintas viviendas cuyos muros ahora se adornaban con los grafitis. Obras de arte de civilizaciones que los viejos debían hacer memoria para recordar. Hanran no. No le interesaba los pigmentos en el cemento. Le interesaba lo que tenía en la mano. Le interesaba perder a los Despreocupados, antes de que le dieran caza.

Giró por los restos de una sucursal bancaria y escuchó el zumbido por encima de su cabeza.

«¡Mierda!»

El ruido del Dron era inconfundible. No le hizo falta mirar hacia arriba para verlo ¿Para qué? Aquello solo retrasaría su huida.

Pensó en que tal vez pudiera abatirlo. Pero cada disparo que fallara sería una bala menos, un segundo menos, y una recarga de cargador que podría ser crucial cuando llegara el tiroteo. Porque llegaría. De eso no

tenía ninguna duda.

Se lanzó a correr junto a las fachadas. De algunas tiendas aún emergían toldos que, aunque agujerados, tal vez pudieran brindarle algo de cobertura.

Tropezó con una pila de cajas en lo que antes debió ser una frutería. La madera reventó, podrida, al caer contra el suelo. El género, un amasijo de piezas negras que ni los insectos querían ya, se desparramó entre sus pies. Hanran cayó de bruces contra el asfalto.

Se golpeó la mandíbula con la culata del fusil. La boca se le anegó de ocre. Miró su puño apretado y rezó para que, lo que guarecía, no se hubiera roto en la caída. Trató de levantarse, pero al apoyar el pie, un calambrazo le ascendió hasta la cintura. Se aupó con la carrocería de un antiguo coche, y con la rodilla flexionada, sintió como el tobillo se inflamaba dentro de la bota.

—Esto es malo… joder.

Sin embargo, el mundo no había dejado de girar. El zumbido de arriba se mantenía paralelo a él. No tardaría en escuchar las botas de los Despreocupados. O peor, no los escucharía. Corte a negro y toda esa morralla. Y los que aún vivían, solo tendrían que esperar su turno.

Todo porque había sido tan torpe como para tropezar cuando tenía la victoria dentro del puño.

Un graznido lo sacó de sus lamentaciones. Al otro lado de la calle, sobre una farola, se posó un cuervo. El animal ladeó la cabeza para admirarle.

Hanran apretó los dientes.

Respiró y colocó su pie herido contra el suelo. El dolor le atravesó la pierna, pero luego dispuso la otra, y cojeando, comenzó a correr de nuevo.

* * *

—Repito: ¿Qué es lo que amas tú? ¡Respóndeme!

Aquella pregunta era una bicicleta vieja. Su pedaleo dudaba. La cadena no tardaría en partirse.

—Lo pregunto por que es obvio que no me amas a mí, ni al crío que crece en mi vientre.

Los ojos de ella eran un desafío. Los de él aceptaban el reto.

* * *

Hanran giró la primera esquina que vio. La adrenalina volvía a comandar los nervios, y eso le hizo ganar velocidad. El dolor persistía, pero el zumbido del dron le animaba a olvidarlo.

Aquel callejón parecía más un corredor que otra cosa. Los soportales techaban el camino, y aquello le daba cobertura para el ojo del cielo. Pero era estrecho, mucho. Dejó el fusil colgando del hombro y se apoyó con las dos manos, para elevarse entre los cascotes que cubrían el suelo, justo donde la hierba había vuelto a crecer; por encima del alquitrán y el cemento.

Siguió corriendo, aún escuchaba el zumbido ¿O tal vez era su imaginación? No le importó. Giró un nuevo recodo y entonces se le congeló el corazón.

Uno de los muros estaba desplomado. Taponaba el callejón hasta metro y medio de altura. Trepar aquello con el pie lastimado constituían una quimera. Una especialmente cruel.

Nervioso, tanteó la solidez, tratando de descubrir alguna forma segura de cruzar. Los escombros apenas se soportaban los unos a los otros, un mal movimiento iniciaría un nuevo derrumbe.

Escuchó pasos detrás de él. No tardarían en llegar.

Hanran no se lo pensó. El mismo camino que se cerraba abría otra ruta. Golpeó con la culata del fusil parte del muro y agrandó el agujero más cercano. Se apoyó con los dos brazos y, cogiendo aire, se deslizó por la apertura. Más ladrillos cayeron al hacerlo. Algunos contra su estómago, adormeciéndoselo. Algunos contra su tobillo, y tuvo que hacer acopio de toda su entereza para no gritar.

Se internó en lo que debió ser una antigua sala de estar. Apenas entraba luz por las ventanas cubiertas de polvo. Un sofá partía la estancia en dos. La tela era una cuna para las cucarachas, que se arremolinaban ante los muelles que emergían como tótems a los que adorar.

Salió de aquel cuarto y llegó al comedor. Los platos, con comida, aún estaban dispuestos sobre la mesa. Los cubiertos se entornaban negros. La podredumbre le empapó la boca. Cojeando, salió por la siguiente puerta.

Era un pasillo, y desde allí encontró la salida del domicilio. Probablemente diera a un descansillo comunitario, pero Hanran se quedó allí. Posó la cabeza sobre la puerta que acababa de cruzar, y escuchó. Los

Despreocupados ya deberían haber llegado al derrumbe, y no tardarían en cruzar el agujero. Derrumbarían parte del muro al hacerlo, y eso haría ruido.

Pero nada de eso ocurrió.

Se acercó a la puerta de la entrada, y allí sí escuchó pasos al otro lado.

—¡Joder! —exclamó en voz baja, apretando los puños.

Estaba atrapado ¿Cómo podría haber sido tan idiota? Ahora solo tendrían que entrar por la puerta del domicilio. Tal vez alguno consiguiera internarse sigilosamente por el orificio. Una pinza que acabara con aquel molesto roedor.

Sacó la radio del bolsillo. Por supuesto, solo estática. La señal estaba inhibida.

Se derrumbó contra la pared.

Quiso llorar.

Esperaba que de un momento a otro la entrada reventara.

¿Los Despreocupados lo apresarían? Lo dudaba. No tenían ese nombre por hacer concesiones. No eran humanos, y los sentimientos no iban con ellos.

No. Él no se iba a dejar capturar. Agarró el fusil, y usándolo de apoyo, caminó hasta el final del pasillo. Allí se sentó. Contó las balas que le quedaban. Apoyó el arma contra sus rodillas y apuntó hacia la puerta.

Antes sería una araña que una rata.

* * *

—He de irme —dijo él.

Ella apretó los puños. No dejaría que se fuera de allí sin responderla. Sin responderse así mismo.

—¡Maldita sea, Hanram! ¡¿No te das cuenta de que vas allí a morir solo?! ¡¿Y eso por qué?! ¡¿Para qué?!

Él estaba harto. Alzó la voz y le gritó a la cara:

—¡Para que tú, y nuestro hijo, algún día podamos volver a las ciudades que nos arrebataron! ¡A recuperar lo que nos pertenece!

Ella puso los ojos en blanco. El continuó:

—A mi padre lo sacaron a la calle. Lo mataron como un perro, como a todos los que negaron a la conversión ¡Lucho por que algún día podamos volver! ¡Para evitar que esto pueda ocurrir de nuevo!

Una risa despechada surgió de entre los labios que antes le besaron.

—¡Eso es una gilipollez! Los Despreocupados no conquistan ¡¿Es que acaso no lo entiendes?! ¡Viven en sus ciudadelas y no se mueven de allí! ¡Viven tranquilos y dan de lado al resto del mundo!

—¡Sus ciudadelas se erigen sobre las ruinas de nuestras casas!

—¡¿Y donde está tu puta casa ahora?! ¡Vives en el pasado, y tienes un futuro en mi barriga que obvias! ¡Tú eres el verdadero Despreocupado!

Hanran la golpeó en el rostro con el puño cerrado. Ella trató de esquivarlo, pero los nudillos rozaron su sien. El impacto la derrumbó contra la pared, y de ahí al suelo. Tumbada, con la barriga alzada, se palpaba la cabeza.

Él, sorprendido de su propio arrebato, luchaba por mantenerle la mirada a la mujer que juró amar.

—Muy bien, Hanran, hijo de un perro —Susurró ella — Vete a amar el odio que llevas dentro. Vete y ámalo intensamente, pero no aquí. Mi nombre es Heiwa, y no tienes cabida en esta casa. Recupera la tuya de los cadáveres de tus enemigos, y no vuelvas jamás.

Él no respondió a eso. Otra vez más, no había que decir.

Su respiración clamaba guerra.

La de ella también.

* * *

La puerta se abrió, y el levantó el fusil.

Nadie cruzó el umbral, pero un resplandor lo cegó brevemente. Un

espejito emergía de entre los dinteles, buscándole.

«Bien, pues me habéis encontrado». Disparó.

La detonación le dejó medio sordo, levantó el polvo del pasillo. El espejo reventó en lágrimas de plata.

Murmullos al otro lado.

—¡Aquí me tenéis, hijos de puta! —Bramó Harman —¡Solo tenéis que cruzar la puerta!

El tirador del fusil emitió un clink al colocar la siguiente bala.

—¡Tranquilo, amigo! ¡Solo queremos hablar! —gritó alguien al otro lado.

—¡¿Eres un Despreocupado?!

No era algo que se pudiera ocultar. Tampoco solían hacerlo, pero Harman no iba a jugar su última carta a un achaque de fe.

—Lo soy, amigo —Dijo la voz —No nos apasiona el término, pero si eso te ayuda a negociar ¡Bien! ¡Pues que así sea!

Harman suspiró. En alguna fantasía ya lejana, eran sus aliados los que entraban por esa puerta.

—Voy a asomarme —La voz era tranquila —Voy a salir, para que podamos hablar. ¡Siempre puedes dispararme! Pero entonces entraran el resto de mis hombres. Y no es que a ninguno le importe en exceso morir. Despreocupados… ¿Recuerdas?

—¡Cuanta cordialidad! ¿Y porque no entráis ya?

Cada grito retumbaba en el pasillo. Al fondo, la puerta adquirió su único foco de atención. La mira del fusil rivalizaba con sus dinteles, a la altura de la cabeza.

—Pura amabilidad. Ambos procedemos del mismo simio. Y tienes algo que es nuestro; nos gustaría recuperarlo de una pieza.

Harman se miró el puño que reposaba bajo el cañón del arma.

Una mano surgió de entre los dinteles, primero aleteó los dedos, saludando. Luego la siguió un brazo, y a ello el resto del cuerpo.

Harman pensó en disparar mil veces ante todo ese proceso, que apenas duró unos segundos. No lo hizo, por que no quería dar su lucha por

perdida.

Y allí estaba ante él. Uniformado de los pies al cuello, y más arriba, su cara. Un rostro inhumano, carente de emoción. Lo primero que llamaba la atención era la sonrisa. Los Despreocupados siempre sonreían, era la razón del sobrenombre que portaban. Lo hacían tanto que el labio superior se partía por el medio, y la hendija mostraba unas encías moradas. Los ojos carecían de emoción, cúpulas sobre una piel sin arrugas. Sin párpados. El blanco enrojecía por el polvo de la zona. Solo una expresión de completa felicidad. Una máscara que escondía hueso y un cerebro inhibido de la pasión humana.

—Un solo paso más y te reviento la cabeza. ¡Tengo buena puntería!

El Despreocupado señaló el espejo roto del suelo, y luego asintió.

—¡Ya lo veo! Los tuyos lamentarían perder a alguien tan hábil como tú. Por ello te ofrezco lo siguiente: Dame lo que nos has robado y vete.

«Un Despreocupado siempre miente» pensó Harman. Recordó como a su padre también le ofrecieron marcharse poco antes de ejecutarlo.

Él debió ver que el humano dudaba; se apresuró a continuar:

—¿Por qué seguís atacándonos? —preguntó él, pero toda perplejidad moría en su sonrisa —Esa información que tienes podría causar innumerables bajas en nuestra especie ¡La guerra ya acabó! No necesitamos más de lo que tenemos, ni queremos arrebataros lo que os queda. ¿Tanto os cuesta entender?

La guerra nunca había acabado. No para Harman.

—¡Lo que tenéis es nuestro! ¡Nos condenasteis a vivir como animales!

—¿Desde cuando los animales portan fusiles y amenazan con acabar con cientos de vidas? ¡Lo que pasó, pasó! Ahora ambos tenemos una oportunidad de germinar por separado, pero os negáis a olvidar. ¿Acaso no os hemos ofrecido la oportunidad de volver a quienes lo habéis querido?

—A cambio de una conversión…

—Si, es cierto… Ser parte de nosotros es una obligación para vivir entre nosotros. ¡Sois demasiado pasionales! Aun así, no lo imponemos. Lo ofrecemos. Sin embargo, vosotros no ofrecéis alternativa. Solo muerte para recuperar lo que nuestros padres, los tuyos y los míos, se disputaron en una contienda que acabó hace años ¿Por qué continuarla? ¿Por qué no

avanzar?

El pasado y el futuro. ¿A eso se refería Heiwa? Le hizo dudar.

—¿No es mejor que te vayas y nos dejes vivir en paz? —preguntó el uniformado — En mi casa me espera mi familia ¿No hay un sitio mejor donde prefieras estar? ¿Algún ser amado que te reclame?

«Estoy justo donde quiero estar», pensó Harman. Levantó de nuevo el fusil. Apretó el gatillo.

La bala se introdujo por la mejilla izquierda. Salió por la nuca. Entintó la pared cercana. El Despreocupado se desplomó sin vida.

Volvió a amartillar el arma, y cuando el primer soldado salió por la puerta, el volvió a disparar. Los sesos pintaron los dinteles superiores.

Comenzó a escuchar disparos. Trozos del pasillo saltaron por los aires. Llovía yeso. Los agujeros surcaban de pared en pared, y mientras, Harman se tumbaba sobre sí mismo. Olvidó el dolor del pie, esperando que otro enemigo surgiera por la puerta.

Entonces, tras las detonaciones, escuchó gritos.

Más disparos, pero nadie emergió hacia él.

Luego silencio.

—Harman ¡¿Estás vivo?!

Reconoció aquel grito. Lloró de emoción al hacerlo.

—¡Estoy aquí! ¡Estoy vivo!

—¡Joder! ¡Te perdimos de vista con el Dron cuando te metiste bajo los soportales!

«¡¿El dron?!», pensó agobiado. Recordaba no haberlo siquiera mirado. ¿Era de los suyos?

—¿Lo tienes contigo?

El hombre que surgió esta vez por la puerta era humano. A él le seguían cinco soldados más. Vestían el uniforme de la resistencia, y lo cubrían de la sangre de los Despreocupados que tuvieron que matar para llegar hasta él en ese edificio.

Harman le tendió la mano y abrió el puño, mostrando el objeto robado.

«Esto lo cambia todo» pensó mientras lloraba de alegría.

* * *

Los Despreocupados fueron exterminados varios años después.

Los humanos recuperaron las ciudades. Las ruinas que quedaron fueron el recordatorio de su victoria.

Harman fue condecorado, reconvertido en una leyenda y símbolo de la resistencia. Buscó a su esposa y al hijo que debió dar a luz. No los encontró. Quizás muriera en el parto. Quizás pusiera pies en polvorosa asustada de la idea de la vuelta de su marido.

La gente no tardó en recuperar la normalidad. Algunas comodidades son fáciles de integrar en la rutina.

Bajo las mismas ciudades, en las cloacas, un joven miraba al techo. Anhelando lo perdido. Sabiendo de los que aún vivían escondidos de los monstruos de la superficie, y jurándose a sí mismo que algún día recuperarían lo que les arrebataron.

Y aquel joven lloró, y sus lágrimas se perdieron por la comisura de su sonrisa.